

LAS ELECCIONES FEDERALES DE 1979

RAFAEL SEGOVIA

DESDE EL INICIO DE LA REFORMA POLÍTICA, la atención pública interesada por la vida política de México se centró en el problema de la abstención, olvidando, en la medida de lo posible, los demás puntos planteados por la Reforma Política. La abstención quedó planteada —de manera muy hábil, por cierto— por los partidos de oposición como un voto de desconfianza al sistema político mexicano, quedando en apariencia una oposición unida —cuando en realidad se trata de dos oposiciones: una de derecha, mayoritaria, y una de izquierda, minoritaria—, a la cual podría sumarse la abstención como voto pasivo e inerte en contra de la vida e instituciones políticas.

Vista desde este ángulo, la oposición logró un triunfo que, con toda razón, no ha querido explotar: la abstención afecta, tanto al partido en el poder, como a los partidos opositores; todos carecen de fuerza movilizadora electoral. La despoltización surge, pues, como un hecho que daña tanto al PRI como a los partidos minoritarios. Además, las pérdidas relativas se distribuyen equitativamente entre todos los contendientes. No se estaría ante la crisis del PRI, sino ante una crisis del sistema de partidos imperante.

ALGUNAS RAZONES DE LA ABSTENCIÓN

Las cifras que se han usado como modelos de participación —tomadas principalmente de los países europeos— no pueden ser un contraste para la pauta participativa mexicana. El ingreso per cápita, la escolarización, la difusión de la prensa escrita, la comunicación electrónica de los países industriales, superan en tal modo a los mismos indicadores mexicanos que cualquier comparación se antoja imposible; la naturaleza del sistema político mexicano, el autoritarismo que le caracteriza y la competencia limitada de grupos y partidos, le separa también de la organización de las instituciones políticas de los países industriales. Sólo en unas elecciones plebiscitarias, de tipo socialista, donde la maquinaria del Estado prueba su capacidad de movilización y de control de *toda* la población puede conseguirse una asistencia a

las urnas de más del 99 por ciento. En México, la caída del número de votos es más un signo de una posible pluralidad y de un inicio de respeto por el recuento exacto y preciso —cosa que aún está lejos de conseguirse— que una señal de decrepitud o caída del sistema político. Reconocer el abstencionismo puede ser —quizás lo sea— un primer paso hacia la aceptación del pluralismo político y de la enorme brecha que se abre entre los distintos grupos sociales. La voluntad de no “inflar” las votaciones es señal alentadora para el sistema político, aunque venga cargada de amenazas para el PRI.

A una voluntad de mantener el proceso electoral dentro de los márgenes más correctos posibles, puede añadirse una serie de razones técnicas.

La primera es el padrón electoral. Las prácticas “electorales” lo inflaron de manera desaforada, operación en la que participaron los entonces partidos contendientes. Así, en 1973, de los 197 distritos electorales en que se hallaba dividida la República, 52 registraban a más votantes que ciudadanos, batiendo todos los records Mexicali con un 122 por ciento de electores inscritos. En 1976 esto aún se daba en 32 distritos. Curiosamente tal práctica se producía en estados como Chihuahua, Coahuila, Colima, Sonora, donde las tasas de abstencionismo no encuentran rival.

El abultamiento del padrón, entre otros factores, condujo a votaciones a todas luces falsas y manipuladas. Por ejemplo, en las elecciones de 1973, se encuentran 12 distritos con una participación superior al 80 por ciento de los empadronados, llegando —y rebasando— el límite superior, Netzahualcóyotl (Distritos IX y X del Estado de México) donde depositaron su voto el 100.92 y el 105.76 por ciento respectivamente de los ciudadanos registrados. Y esto sin contar con los votos anulados.

En las elecciones del 1º de julio de 1979 ya sólo se encuentran cinco distritos con una participación superior al 80 por ciento, que, lógicamente, se encuentran en el Estado de México (el XXXII, con un 81.33 y el XVII, con un 81.60), Baja California Norte (el IV, 87.96), Guanajuato (X, 83.37) y Morelos (IV, 87.97).

La nueva Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales ha sido un aporte decisivo para la deflación de los resultados. La presencia de todos los partidos en el proceso electoral (aun sin tener voto en las decisiones los partidos de registro condicionado), el tener acceso a la documentación electoral, ha impedido las mayorías aplastantes del pasado que, conviene insistir, aún sigue dándose en las casillas o distritos donde los partidos de la oposición no han podido —por voluntad ajena o por imposibilidad propia— situar a un representante. La depuración del padrón existente o la creación de uno nuevo son la base de futuros comicios donde se llegue a la máxima de “un ciudadano, un voto”.

Reconociendo el peso de la realidad, la LOPPE suprimió las penas para los abstencionistas. Si la Constitución hace del voto un deber y una obligación de los ciudadanos mexicanos, las viejas sanciones —por lo demás, jamás cumplidas— eran motivo de irritación y antipatía para el conjunto de la población. Otro problema y muy diferente es la presión ejercida por el PRI y los sindicatos a él afiliados para llevar a los ciudadanos a las casillas. Presiones también ejercidas por el PAN en algunos distritos.

LOS RESULTADOS DEL PRI

Todo esto no le evita al PRI una caída muy pronunciada de los votos obtenidos. Si el número de empadronados mantiene un incremento constante —pasa de 24 890 261 en 1973, a 25 913 215 en 1976, y a 27 912 953 en 1979— el voto global obtenido por los candidatos postulados por el Revolucionario Institucional es de 10 458 618 en 1973, 12 869 992 en 1976 y cae a 9 699 454 en 1979.

Pero esto no puede presentarse como una victoria de la oposición: los demás partidos también bajan, y en proporciones muy claras. Así, si el PRI pierde el 24.64 por ciento de su electorado de 1976 a 1979; el PPS también se ve abandonado por el 19.27 por ciento del suyo y el PARM por el 24.65, sin tener en cuenta el forzoso aumento del padrón. Sólo el PAN aumenta los votos recibidos, subiendo de una elección a otra en casi 10 por ciento, pero se da después de la debacle de 1976, cuando perdió el 38.39 por ciento de sus electores.

Comparar los resultados de 1976 con los de 1979 tiene el inconveniente de la desigualdad de las elecciones que se llevaron a cabo en estas dos fechas. La elección de un presidente de la República, siempre precedida por una campaña tan larga y de una amplitud tal que en pocas partes se da algo semejante, personaliza la actividad política hasta el grado de que el candidato del PRI termina por desaparecer como candidato de un partido y se presenta como el candidato de la nación. Pero en su campaña, arrastra de todos modos al partido y a sus candidatos tras él. No puede extrañar, por consiguiente, la caída de la participación —incluso para votar por los diputados— en los comicios. Conviene señalar, pese a los inconvenientes citados y para destacar la distancia que media entre el presidente y los representantes populares, la brecha que se abre entre el voto por el primero y el voto por los segundos. El Lic. José López Portillo obtuvo 16 767 210 sufragios, como candidato de tres partidos y 15 466 098 como candidato del PRI, lo que viene a decir que, el PRI —sus aspirantes a diputados— perdieron 5 766 643 votos de 1976 a 1979, en términos absolutos.

Manteniéndose como el primer partido de la República, 1973-1979,

las pérdidas absolutas o relativas se reflejan en casi todas las entidades federativas: en 22 de ellas tiene una caída en términos reales y sólo en 10 se elevan las cifras reales. En Guerrero pierde, de 1973 a 1979, 174 421 votos; 110 818 en Oaxaca; 111 466 en Jalisco; 100 921 en Guanajuato; 94 902 en Tamaulipas; 93 426 en Michoacán. Pero si estas pérdidas se reflejan en la caída de sus porcentajes en 15 Estados, en 17 va a subir la proporción de votos obtenidos por el PRI. En Nayarit pasa del 58.21 por ciento al 76.92; en Puebla del 63.85 al 74.49; en Quintana Roo, del 77.79 al 95.29; en Yucatán del 79.14 al 89.24; en Chiapas del 89.05 al 94.75.

La primera observación que se presenta es la deflación de las cifras dadas por las computadoras distritales y locales, dado que las condiciones de las elecciones de 1973 y 1979 fueron bastante similares o, de haber diferencias cualitativas, éstas se darían en favor de las de 1979, con la presencia de tres nuevos partidos, de los cuales al menos uno —el PCM— mostró una repercusión innegable. Puede observarse que donde se dan las alteraciones más importantes, se trata de los estados donde hay mayor analfabetismo, pobreza y, en general, subdesarrollo y donde la “cocina electoral” se daba sin límites, lo que no evita que los estados más desarrollados del país muestren la misma tendencia a la abstención —que no quiere decir indiferencia política.

Si los resultados muestran una marcha hacia un recuento más exacto de los votos sobre todo en los estados feudos del PRI, éste sigue manteniendo distritos —e incluso estados— donde la oposición no ha podido penetrar. El 87 por ciento logrado en Campeche; el 94.75 en Chiapas; el 95.29 en Quintana Roo; el 82.83 en Tabasco; el 90 en Hidalgo y el 89.24 en Yucatán, revelan el carácter rural y subdesarrollado de estas entidades —como lo señalan también el 82.78 en San Luis Potosí y el 82.14 en Oaxaca. La resistencia al PRI y la implantación de la oposición aparece sobre todo en el Distrito Federal, donde el PRI sólo logra el 46.73 por ciento (con lo cual se mantiene en el mismo nivel de 1973). La oposición está también presente en Baja California Norte (55.48 para el PRI), el Estado de México (60.28) Jalisco (61.87) y Nuevo León (66.04). En general, el desarrollo económico y cultural introduce el desarrollo político, manifestado en este caso como pluralidad y lucha políticas.

EL VOTO POR EL PAN

El desastre electoral padecido por el PAN en 1976, consecuencia de las escisiones producidas durante la convención nacional convocada ese mismo año, no sólo no ha sido superado plenamente, sino que ha cambiado en parte la localización de este partido. Asentadas sus fuerzas en

la capital de la República, el Bajío y Occidente —que coinciden con la zona de máxima influencia del catolicismo— extendía su influencia a Baja California y Yucatán. Su ausencia era notoria en toda la costa del Golfo, en el sur y en el sureste. Después de haber tenido alguna presencia en Chihuahua en la década de los cincuenta, el norte de la República le fue, en conjunto, hostil, con la excepción de Monterrey. Las elecciones de 1973 le confirieron una victoria resonante: cuatro distritos ganados por mayoría (dos en la ciudad de México y dos en Puebla), el 14.70% de los votos de toda la República y el 32.25 de los del Distrito Federal. No ha tenido, en toda su historia, una fuerza electoral como ésta. Pero, en ese mismo momento, empezó su declinar.

Su campaña electoral de 1979 muestra su desplazamiento hacia el norte de la República. Ya en 1978 se había apoderado de la alcaldía de Monclova y había mostrado su nueva pujanza en Torreón. La candidatura de J. A. Conchello a la gubernatura de Nuevo León, hizo de ese estado el foco de la atención panista, olvidando parcialmente y dando señales de su evidente desgano en la campaña electoral en el resto de la República. Nuevo León se convirtió en la prueba de su nueva situación.

De hecho el PAN se presenta ahora con dos líderes: Abel Vicencio Tovar, jefe nacional en principio, y José Angel Conchello, su auténtico inspirador y jefe del ala derecha —extrema derecha— del partido. Esto le ha llevado a correr su posición política a la derecha del espectro, pues de permanecer Vicencio Tovar en la posición centro-derechista del PAN tradicional, hubiera dejado abierto un espacio que, de seguro, Conchello habría cubierto. El registro condicionado del Partido Demócrata Mexicano, de nítidos antecedentes sinarquistas, creaba también un nuevo polo de atracción a la derecha. Así, pues, el PAN, al menos en el plano verbal, se sintió obligado a alejarse del lugar que ocupaba justo a la derecha del PRI.

Esta nueva posición no elimina la presencia panista en el centro de la República. Pero aquí es también donde mejor se observa su caída relativa y absoluta, tomando como punto de comparación 1973, pues 1976, por las razones presentadas, no puede plenamente serlo. Se advierte cómo su ocaso se antoja, por ahora, incontenible.

Distrito Federal

	1973	1976	1979
Votos PAN	917 768	604 229	443 912
%	32.25	21.27	17.23

Puebla ofrece un panorama bastante parecido: después de haber ganado los dos distritos urbanos en 1973, pasa a un lugar segundón en 1979.

Puebla

	1973	1976	1979
Votos PAN	152 142	96 461	74 908
%	21.00	12.65	11.65

Lo mismo puede decirse de Jalisco, pese al ligero repunte que ha tenido, tanto en cifras absolutas como en porcentajes, y del Estado de México donde pierde 98 514 votos entre 1973 y 1979. El porvenir cambia por completo para este partido al examinarse sus resultados en el norte del país. Sin haber presentado candidatos en 1973 Baja California Norte, su clientela se mantiene fiel y en 1976 le ofrece 54 078 sufragios (15.6%), que suben a 68 314 (18.76) en estas últimas elecciones. El mismo paso se da en Baja California Sur, donde pasa del 6.79 en 1973, al 15.66 en 1979; Sonora va a manifestar, en medio de su abstencionismo, una presencia panista innegable al pasar de 13 802 a 30 379 votos (6.75 y 16.0%), como lo hace también Coahuila que salta de 19 680 a 44 275. En conjunto, doce estados se sitúan por encima del promedio nacional (10.73 por ciento): Baja California (N), Baja California (S), Coahuila, Colima, Chihuahua, el Distrito Federal, Guanajuato, Jalisco, el Estado de México, Nuevo León, Puebla y Sonora, mientras que en 1973 sólo siete se situaban por encima del promedio nacional entonces obtenido (14.70), lo cual se debe exclusivamente a las pérdidas padecidas por el PAN en el Distrito Federal y en el Estado de México.

LAS RAZONES DEL NORTE

El PAN, decadente en su terreno electoral de predilección, se mueve hacia el norte. Varias causas deben haber contribuido a ello, aún no estudiadas y, por lo tanto, materia en este momento de simple reflexión u opinión.

Los conflictos internos tuvieron por fuerza que desempeñar un papel crucial en la organización y estrategia de las elecciones, pero el votante medio, por lo general mal informado de la vida de los partidos, no debió sentirse afectado por tales querellas. Más importante es lo que se refiere a Acción Nacional como receptor del voto de protesta. Hasta estas elecciones, era la única alternativa seria ofrecida al ciudadano que se oponía al PRI como partido de gobierno. Su tradición, la seriedad de sus líderes, llevaban al PAN a convertirse en el *All-vote catcher*, vinieran los sufragios de donde viniesen y lograba que en las urnas se mezclaran los votos a su favor procedentes de las clases medias y de las obreras, pero todos urbanos. El surgimiento, en el campo electoral, del PCM, ofreció una posibilidad igualmente importante al voto

urbano de protesta, aunque, en este caso, colocado a la izquierda del espectro político. Es seguro que muchas boletas destinadas al PAN, en esta ocasión se cruzaron por el PCM, y que quienes así lo hicieron fue por encontrar un espacio político conforme con su ideología. Debe sumarse la campaña electoral desdibujada y apática de los panistas del Centro de la República.

La coincidencia de las elecciones locales del estado de Nuevo León con las federales le permitió al PAN hacer de aquellos comicios un caso de prueba y, de paso, maximizar sus gastos y su campaña electorales. La presencia de J. A. Conchello candidato del PAN a la gubernatura de Nuevo León, añadió un elemento de fuerza más a la posición panista; las divisiones entre los diferentes grupos del PRI neoleonés y la controversia desatada sobre Alfonso Martínez Domínguez y su candidatura priísta a la gubernatura, deben tenerse también presentes para entender el avance de las posiciones de la oposición de derecha. Un tercer factor importante es la carencia de fuerza del PCM en aquella entidad, donde el electorado de oposición se mantiene homogéneo en su orientación derechista. No debe perderse de vista el anticomunismo militante de los medios de comunicación locales.

Pero el PAN, regionalizado en este caso hasta el máximo, se convierte, de paso, en un receptor del voto de protesta contra el centro y lo que, con justicia, se considera su brazo electoral, el PRI. El voto por el PAN no parece ser un apoyo ideológico definido para una política también definida. No se puede pensar en el ciudadano de Monterrey, Monclova, Torreón o Ciudad Obregón, apoyando a un partido político cuya vocación no es acceder al poder de inmediato, sino educar lentamente al pueblo para llegar al poder en un futuro tan hipotético como improbable. La amplitud del voto panista en todo el norte del país —con una excepción de Tamaulipas— sólo puede, pues, comprenderse como una actitud de enfrentamiento con el centro, en quien se ve a un defensor de los estados subdesarrollados de la República, considerados, de una manera a todas luces injusta, un lastre para el desarrollo y la pujanza norteros. Del mismo modo, la pérdida del VII de Sonora por el PRI puede ser considerada como una contestación a la expropiación de tierras que se produjo en 1976 en aquel municipio. La inconformidad local se expresa en una protesta regional.

EL CASO DEL PCM

El partido más antiguo de México volvió a participar en las elecciones de 1979. De hecho venía a tapan un hueco abierto en la izquierda del espectro político que el PPS, desgarrado desde las elecciones de renovación de los poderes locales de Nayarit, no podía ya llenar. La di-

visión de este partido en dos fracciones, una encabezada por Cruickshank, manteniendo el lema de la vieja legalidad lombardista, y otra, dirigida por Gazcón Mercado, cada vez más radical y cercana al PCM, impedía la presentación de una izquierda electoral aceptable. La negativa del PMT de participar en las elecciones, le dejó el campo libre al partido comunista, que tuvo una capacidad a todas luces importante para presentarse como la única alternativa seria al PPS y, también, para el voto de protesta. Sin poseerse una certeza absoluta sobre una transferencia de voto, es muy posible que una cantidad importante de los votos que eran recogidos por el PAN ahora se dirigieran al PCM —la coalición de la izquierda, en cuanto tal, no se dejó ver—, sin perder por ello su carácter de voto de protesta y, por lo tanto, sometidos a la misma movilidad e incertidumbre que los recogidos por Acción Nacional.

Hablar del PCM exige señalar, en primerísimo lugar, a un partido estrictamente regional y urbano, localizado principalmente en ciudades donde existen universidades controladas en mayor o menor medida por sindicatos dominados a su vez en mayor o menor medida por el PCM. La excepción es Culiacán. Como muestra basta un botón: entre el Distrito Federal y el Estado de México, obtiene el 62.63 por ciento de su votación. Sólo en cinco entidades logra superar su promedio nacional del 5.09 por ciento: Distrito Federal, Estado de México, Nayarit, —donde hereda la influencia de Gazcón Mercado—, Chihuahua y Guerrero. Como confirmación de la hipótesis antes expuesta —el PCM le resta una parte del voto de protesta al PAN— se encuentra una caída de Acción Nacional allá donde los comunistas logran una apertura electoral; así pues, a las cinco entidades federativas antes mencionadas, deben añadirse estados como Jalisco, Morelos y Puebla, donde el PCM tiene resultados aceptables.

La presentación electoral del PCM como “coalición de la izquierda” ha sido llamativa en más de un aspecto. Los setecientos mil votos obtenidos han sido una victoria importante y dan cuenta de la organización, disciplina y seriedad de esta coalición política encabezada y dominada por el PCM. Desde un punto de vista estrictamente electoral tiene una ventaja en la juventud de su electorado y en la calidad de éste —cerca de la mitad son estudiantes—, pero queda una duda sobre la motivación última del voto comunista —¿en qué medida es también manifestación de una protesta y no un voto por el socialismo?— que puede llevar a la misma fragilidad e inconsistencia del sufragio panista, pregunta que desborda el estrecho marco electoral y se inscribe de lleno en la vida política de la nación.

El gran éxito del PCM es haberse constituido en la tercera fuerza política organizada de México. Saltar de la ausencia electoral a tal lugar es un hecho poco común, que prefigura un combate triangular PRI-

PAN-PCM en la próxima Cámara de Diputados, donde la homogeneidad y disciplina de la minoría comunista puede terminar por borrar al resto de la oposición de izquierda y atraer a una parte de su electorado en las elecciones de 1982.

LOS OTROS PARTIDOS MINORITARIOS

Prensado entre el PCM y el PRI, el Partido Popular Socialista se halla en la peor situación de su vida política, al deber compartir tan exiguo espacio con una nueva formación, el Partido Socialista de los Trabajadores.

La vida electoral del PPS se antoja estacionaria en porcentajes aunque su caída en votos recibidos muestra una tendencia hacia la desaparición. Los 541 833 votos de 1973 se convierten en 479 426 en 1976 y no son ya más que 387 036 en las últimas elecciones. Es probable que la abstención lo haya herido como a todos los demás, aunque no deben olvidarse las querellas internas, las escisiones y la ambigüedad y equívocos de sus actuales dirigentes, sobre los cuales aún pende la espada de Nayarit.

La historia de la caída del PPS es aleccionadora en más de un sentido. Como todos los partidos, aquello que más le daña son las divisiones internas, causa de la paralización y dispersión del aparato político electoral y origen de la fraccionalización de la directiva. Pero esta historia también revela la equivalencia del voto de protesta mexicano y el papel secundario desempeñado por los partidos minoritarios en la captación de este voto: la protesta existe y se refugia en cualquier lugar, no es un voto por un partido del que se espera una actuación parlamentaria o de otro tipo, es un voto contra el PRI, sin más. Pero, por ser el voto un acto de compromiso mínimo, no puede ser considerado un voto antisistema; quien va a votar, de una u otra manera está aceptando la validez del sistema político o, al menos, su capacidad de coacción.

Si el voto PPS es una caída continua desde 1973, la observación de los estados donde mostró alguna capacidad demuestra lo antes apuntado. En 1973 en Baja California Norte, el PPS se halló ante 42 213 sufragios (13.82%), porque el PAN no presentó candidatos. Al volver a participar este partido en 1976, la parte del PPS se reduce a un nuevo 3.09% (10 658 votos), no alcanzando los resultados de 1973 en 1979, donde queda varado en el 4.4 (18 004 votos). Exactamente la misma situación aparece en Oaxaca: 27 334 votos (4.25%) en 1973 y 38 586 (6.11%) en 1976, cuando el PAN sólo presenta tres candidatos en el estado, dividido entonces en nueve distritos. En las elecciones del 1º de julio de 1979, vuelve a caer con sólo 29 490 (6.38%). Las ilusiones

de 1976, cuando el mayor partido opositor, el PAN, no solicitó el voto anti-PRI, apareció una leve esperanza para el PPS, pronto desvanecida. Pero sus males no terminaron ahí. Veracruz, acogió al PPS para dirimir los pleitos regionales del PRI, pero la desorganización de aquél hizo de su voto una auténtica piel de zapa: 62 234 votos en 73 (5.70%); 42 729 (3.63%) en 76; 28 864 (2.46%) en 79. La historia se repite en cuanto lugar tuvo un asomo de implantación. Incluso el Distrito Federal, tierra de promisión de cuanto partido existe ahora en México, lo rechaza de manera paulatina pero firme: los 163 656 votos que se contaron a su favor en 1973, apenas rebasaron los 110 000 en 1979. Más de treinta años de existencia parecen entrar en una crisis lamentable: el PPS ni crece ni muere, sólo vegeta.

La tendencia a regionalizarse también encuentra apoyo en el PARM. Agotado por las crisis internas presentes en todos los partidos —aunque en el caso del Auténtico son más visibles—, sin encontrar su lugar preciso en el campo ideológico (¿situarlo entre el PRI y el PAN?), halló una justificación para su existencia al convertirse en el refugio de los priístas inconformes de algunos estados, principalmente los de Tamaulipas, Sinaloa, Jalisco y Veracruz, lugares donde el PAN era de hecho inexistente. Su papel político fue importante en las elecciones locales; así en el sur de Jalisco logró arrebatarse algunas presidencias municipales al PRI, al acoger en su seno a algunos disidentes. Su apoyo sin desmayo al PRI en la cámara de diputados le hizo indistinguible de la mayoría, y, con ello, deshizo cualquier posible imagen electoral distintiva. De ahí, la imposibilidad de crear una imagen nacional y su necesidad de regionalizarse al no poder tener una directiva medianamente obedecida. De ahí, también, el refugiarse en los estados donde no hay un partido de oposición claramente percibido, como puede ser el PAN. Último punto, el PARM se inscribe en la zona de protesta regional en que se ha convertido el norte.

La generosidad de la ley electoral no pone en peligro la vida de este partido ultraminoritario: el más minoritario de todos, sin lugar a dudas. El mínimo de 1.5% de la votación nacional exigido por la ley para seguir manteniendo el registro, lo alcanza con trabajos indecibles: 1.82% en 1973; 2.52 en 1976 —cuando el PAN atraviesa la peor de las crisis— y 2.21 en 1979. La ley electoral de 1962 fue reformada en 1973, con la sola intención de mantenerlo presente en el juego electoral, pues de haberse mantenido la exigencia del 2.5 —que por lo demás ya no había alcanzado— su desaparición estaba de hecho asegurada. Quizás el mantener un voto más favorable al PRI en la Comisión Federal Electoral llevó a esta consideración.

Ante el descenso ininterrumpido de sus cifras, su regionalización resulta aún más llamativa. Rápidamente en Tamaulipas —6.41% en 1973; 12.40 en 1976 y 16.84 en 1979— y muy lentamente en Veracruz